

# RINCONES DEL VIEJO MADRID

Ángel J. Olivares Prieto

ediciones  
LA LIBRERÍA

© Ángel J. Olivares Prieto, 2013  
© De esta edición: Ediciones La Librería, 2013  
C/ Mayor, 80  
28013 Madrid  
Telf.: 91 541 71 70  
E-mail: info@edicioneslalibreria.es

Maquetación: Carlos Villalón Fuente  
Diseño de cubierta: Javier Fernández Lizán

ISBN: 978-84-9873-212-2  
Depósito Legal: M-7316-2013

Impreso en España/Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

# ÍNDICE

PRÓLOGO DEL EDITOR .....	9
PRÓLOGO .....	11
MADRID, VILLA Y CORTE .....	13
EVOCANDO CINCO PUERTAS MEDIEVALES .....	25
LAS MURALLAS DE MADRID .....	31
MADRID, CASTILLO FAMOSO .....	37
EL MADRID MEDIEVAL .....	43
PLAZAS Y PLAZUELAS .....	49
PLAZAS DE MADRID VERSIFICADAS .....	53
LOS VIAJES DE AGUA DE LA VILLA DE MADRID .....	57
NUESTRO SALÓN DEL PRADO .....	67
SAN ISIDRO LABRADOR, PATRÓN DE LA VILLA .....	71
LOS ISIDROS .....	77
LUIS CANDELAS, EL BANDIDO GENEROSO .....	81
CARRUAJES DE MADRID .....	87
PUERTA DE GUADALAJARA .....	93
CALLES CON LEYENDAS DE TRADICIÓN .....	101
TROZOS DE UN MADRID PERDIDO .....	107
RINCONES QUE GUARDAN NOSTALGIA .....	117

TIPOS Y GENTES DE MADRID .....	129
CALLEJERO SILÁBICO DE MADRID.....	135
CHEQUEO A MADRID .....	143
RÉQUIEM POR LOS PREGONES PERDIDOS .....	151
SOLERA DE TABERNAS MADRILEÑAS.....	155
CALLES VERSIFICADAS .....	163
LAS GRADAS DE SAN FELIPE (EL MENTIDERO DE LA VILLA) .....	171
ÚLTIMO CAFETÍN CASTIZO.....	175
COCIDITO MADRILEÑO.....	179
TÍTULOS DE CASTICISMO.....	185
ADIÓS AL ORGANILLO DE MANUBRIO.....	191
LOS VIEJOS OFICIOS .....	195
RECUERDOS NOSTÁLGICOS .....	201
SAN ANTONIO Y LOS MERENDEROS DE LA BOMBI.....	209
CONTORNO DEL BARRIO DE LAS MUSAS .....	213
CONTORNO DEL RASTRO Y EMBAJADORES .....	225
POSESIÓN DE VISTA ALEGRE .....	243
LA CASTELLANA: PASADO Y PRESENTE.....	249
EL PORTILLO DE EMBAJADORES (EL CORAZÓN DEL CASTICISMO) .....	255
LA CÁRCEL DE CORTE.....	261
LA RONDA DE PAN Y HUEVO .....	267
TEATRO DE APOLO .....	271
TEATRO DE NOVEDADES .....	275
EL CASINO DE LA REINA.....	281
FÁBRICA DE TABACOS.....	287
BIBLIOGRAFÍA.....	297

## PRÓLOGO DEL EDITOR

**E**l libro que tienes en tus manos, querido lector, es sorprendente; por varios motivos. En primer lugar, por el autor, Ángel J. Olivares, Jesús para los amigos, ha pasado de las setenta primaveras, es el primer libro que publica, y sus miles de folios «machacados» con su inseparable máquina de escribir dan fe de las muchas de horas dedicadas a su pasión favorita: escribir, recopilar, reflexionar, pensar... de Madrid, de su Madrid, de todo lo referente a la ciudad que le ha visto nacer; y todo ello sin cor-tapisas, escritos tanto de lo que llamamos el viejo Madrid, como del actual.

Extraño, sorprendente personaje; labor callada de toda una vida, en su persona ha acumulado tanto saber y conocimientos de los temas matritenses que le han conformado una visión optimista –tamizada con un toque de amargura– de su querida ciudad. Ante todo esto era difícil resistirse y lanzarse a la «aventura» de publicar sus escritos, perdón, de una pequeña parte de ellos.

En segundo lugar, este libro está lleno de sorpresas, por su contenido, por su temática, tan rica y variada –aunque siempre girando en torno a los «madriles»–. Sin ser un libro de historia, está cargado de temas históricos, tratados

de una forma rigurosa, comentados e interpretados de una forma viva y amena. Sin ser un libro-guía de Madrid, nos sumerge y nos «guía» por entre sus callejuelas, rincones, tanto actuales como de los desaparecidos, con un halo de misterio, leyendas...

Tampoco es un libro de lo que podríamos llamar de costumbres y tradiciones populares matritenses, pero en cambio está lleno de ellas. A la vista de los cuarenta y tres capítulos en que se ha ordenado –repito, una pequeña parte de sus escritos–, es difícil no sucumbir a la tentación de empezar su lectura; temas muy diferentes, aunque sin perder el rigor serio y científico; tampoco es un libro de poesía, pero ahí tenemos varios capítulos expresando su amor por Madrid, versificando estrofas, guiándonos por la historia, calles, costumbres, de la mano de sus versos. En fin, este libro, sin ser pretencioso, sin apenas quererlo, es muchas cosas, son muchas las cosas que hay entre sus páginas, pero eso, amigo lector, ya las descubrirás tú mismo, en cuanto te sumerjas en su lectura.

Un libro de estas características es difícil que vea la luz del día sin el apoyo

y colaboración de una serie de amigos y profesionales, tanto del autor como del editor; y por suerte para todos, hemos podido contar con ellos. Desde la labor de contrastar, matizar... verificar su contenido, realizada por nuestra amiga María Isabel Gea, pasando por una serie de colaboradores que han conformado este proyecto –hoy ya una realidad– de libro.

También hemos querido acompañar los textos con imágenes ilustrativas de los temas tratados, y aunque gran parte son del fondo editorial, hemos contado también con una valiosa ayuda y aportación de numerosas personas y entidades de lo más variado y sugestivo, como el Instituto de Educación Secundaria Cervantes, el Centro Público de Educación Especial (Reeducación de Inválidos), etc.

A todos ellos muchas gracias, y a ti, amable lector, que seguro nos ayudarás –lo estás haciendo ya–, a que esta obra, este libro, tenga su continuidad, pues el material, los escritos de nuestro amigo Jesús, nos están esperando para una próxima cita con sus lectores y amigos.

## PRÓLOGO

Con estas líneas no pretendo descubrir datos nuevos sobre el Madrid pasado, ya que eruditos, cronistas e historiadores lo hicieron anteriormente, que son la fuente de la que nosotros nos nutrimos. Pero sí quiero hacer un pequeño bosquejo con énfasis en sus costumbres, sus rincones con historia, sus palacetes de leyendas románticas y por todos sus valores y monumentos desaparecidos.

Toda una serie de valores, interesantes, que si los vamos abandonando en su letargo nos veremos inmersos en

las aguas profundas de la ignorancia y, además, nunca los podremos transmitir a nuestras generaciones venideras para que sigan revalorizando estos jirones vivos de nuestro Madrid pasado y, así, seguir evocando estos valores matritenses.

Pido mil disculpas por los errores que indebidamente pudiera haber cometido, siendo mi anhelo y deseo que muchos madrileños y no madrileños puedan saturarse de estos jirones vivos de un Madrid viejo.

Mis más expresivas gracias





## MADRID, VILLA Y CORTE

Aunque humilde burgo de callejas estrechas por las que pululaban, mezclados con los cristianos, moros y judíos, ya contaba Madrid con diez parroquias, aunque de estas centurias han quedado restos de murallas y de mezquitas...

Aunque Madrid tarda en verse, si los ojos que miran son de un mediano espectador, se comprende muy pronto; este Madrid nuestro es la ciudad que junta y capitaliza el acento de todas las regiones en ella representadas, la que madrileñizó a las primeras generaciones de bien llegados, transmitiendo nostalgia a quien la pierde y alegría orgullosa a quien la gana. Tortuosas callejuelas estrechas y silenciosas plazas donde habita la nostalgia, o románticos rincones de un Madrid íntimo y como provinciano, de viejos palacios y piedras que nos hablan de los años de los Austrias y los Borbones, donde parece,

no solo posible sino probable, un lance novelesco de capa y espada.

Vagamente, queremos saber los madrileños algo de un Magerit moro y amurallado, reducido al espacio que hoy se comprende entre el Palacio Real, Puerta Cerrada y la plaza de San Francisco, del que, según la crónica de Siense, se apoderó Ramiro II en el año novecientos treinta y tantos, para abandonarlo después.

Otros creen que el primer conquistador fue Fernando I; pero tanto fuere el uno como el otro, la cosa es que se volvieron a León, y que la verdadera conquista correspondía en el 1083 a Al-

fonso VI, que en su invasión victoriosa hacia Toledo tomó el poblado amurallado defendido por el castillo, que después fue alcázar y hoy es Palacio Real.

La citada muralla tenía como puertas: la de la Vega, la de Moros, la Cerrada y la de Guadalajara. Donde hoy se emplaza San Pedro el Viejo –quiero decir la iglesia– parece ser que se alzaba una mezquita, y fuera de los muros de la ciudadela se extendía el poblado mozárabe, en torno a sus tres parroquias: de Santa Cruz, de San Martín y de San Ginés. El puente de Segovia es obra de Juan de Herrera –al igual que el monasterio de El Escorial–, y el puente de Toledo del barroco Pedro de Ribera.

En el siglo XII quedaba Madrid en el filo de la frontera y necesariamente tuvo que sufrir muchos sitios, aunque solo sabemos que hacia 1197 fue atacada y tomada parcialmente por los almohades. Después vino la repoblación y la concesión del Fuero de 1202.

Aunque humilde burgo de callejas estrechas por las que pululaban, mezclados con los cristianos, moros y judíos, ya contaba Madrid entonces con diez parroquias, y, aunque de estas cen-

turias han quedado restos de murallas y de mezquitas, oscuridades históricas, nos queda la torre de la iglesia de San Nicolás, levantada en el siglo XII, sin duda una de las primeras iglesias que manos morunas edificaron para los conquistadores cristianos.

Vienen después largos años des poblados de noticias y pobres de fechas memorables. En el siglo XIII Madrid concurre a la batalla de las Navas de Tolosa y al asedio de Sevilla. Tuvo varios dueños, y algunos tan absurdos como León V, rey de Armenia; se incorporó a varias Coronas, y en 1477 los Reyes Católicos entran en Madrid solemnemente, hospedándose en el palacio que tenía don Pedro Lasso de la Vega en la plazuela de la Paja. Hasta esta fecha no recibe la urbe del Manzanares prestancia y ornato, pero a ella debemos el Hospital de la Latina, fundación de la muy culta doña Beatriz Galindo, y el templo de San Jerónimo el Real, próximo al Prado y al palacio del Buen Retiro, fundado por don Fernando y doña Isabel en el año 1503 con frailes del monasterio que Enrique IV había fundado en El Pardo para perpetuar el desafío o «paso



Las tropas de Alfonso VI conquistan Madrid

honroso» defendido allí por don Beltrán de la Cueva.

En el año 1520 Madrid se hizo «comunero», y dio hombres y bienes a Juan de Padilla, y hasta cuarenta y tres años después, en tiempos de Felipe II, aunque fue aumentando en población e importancia, no llegó a ser corte. Muchas poblaciones castellanas no perdonaron,

entonces, al segundo de los Austrias el traslado que mandó hacer desde Toledo. A consecuencia de esta decisión real, vienen para Madrid días de gran tarea consiguiente a tal mudanza; se talaron árboles con gran exceso, y aquí y allá se alzaban palacios nuevos para la nobleza, con lo que Madrid cambió de clima y al mismo tiempo de fisonomía,



El príncipe don Carlos

ocupándose el rey en concluir su alcázar y en fundar numerosos conventos.

Aquí muere el siniestro y desdichado heredero del Imperio, el príncipe don Carlos, y también la tercera mujer del rey, doña Isabel de Valois; y Madrid brilla, en fin, cuando doña Ana de Austria, la nueva reina, entra en él en el año

1570, y con el nacimiento de quien más tarde había de ser el tercero de los Felipes. Una década después nace el primer gran madrileño de la letras, don Francisco de Quevedo y Villegas, que a los dieciocho años ve la fastuosa proclamación de Felipe III en una corte ya poderosa que tenía embajadores del Japón y de Persia.

En el año 1600, Madrid estuvo a punto de perder su capitalidad por irse el rey a Valladolid, pero nuestra ciudad había creado intereses suficientemente grandes para conservar la Corona. Existían ya grandes palacios, como el del duque de Lerma, exactamente donde hoy se alza el Hotel Palace, el del duque de Uceda, y otros muchos más; en ella tenían conventos importantes las órdenes más poderosas, por todo lo cual y presionado por los más allegados se volvió el rey a Madrid, donde se instala definitivamente hasta su muerte, en el año 1621, cinco años después de que, pobre y olvidado, muriera Miguel de Cervantes.

El reinado de Felipe IV es fundamental para la consolidación y brillo de Madrid, y al año de subir aquel al trono

celebra las fiestas de canonización de san Isidro. Se construyen nuevas moradas de nobles edificios religiosos, de la belleza de la iglesia de las Calatravas, civiles como la Cárcel de Corte, estatuas ecuestres, etc. Es un gran momento de las artes y, sobre todo, de las letras, con Quevedo, Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina, Velázquez, Carreño... La historia de Madrid es ya, inevitablemente, la misma historia de España. Cuando en el año 1665 muere Felipe IV, Madrid tiene un destino claro, seguro, que se oscurece un poco con el sombrío Carlos II, si bien en esta época se conocen en la Villa grandes obras, entre ellas la construcción del puente de Toledo, la reedificación de la Casa de la Panadería, la iglesia de San Luis, y, por no citar más, el fin de las obras del palacio del Buen Retiro.

Felipe V, Luis I, Fernando VI y Carlos III, rey de las dos Sicilias, que entra en el Madrid de Isabel de Farnesio en 1759. Este reinado consolida todo el empaque de Madrid y añade perfiles que la convierten en una de las más bellas y elegantes capitales europeas. Con Carlos III, Madrid inaugura el alumbrado

público, la limpieza urbana, las primeras escuelas gratuitas y esa estupenda institución que son los alcaldes de barrio; se terminan el Palacio Real, la Aduana –actual Ministerio de Hacienda–, la esbelta Puerta de Alcalá, el palacio que hoy es Museo del Prado, el Jardín Botánico, la reconstrucción de San Francisco el Grande, etc. Y con Carlos III empieza ya una historia de Madrid clara y presente; luego, con Carlos IV, con Fernando VII, el nacimiento del siglo XIX, las jornadas de la guerra de la Independencia, Isabel II y nuestros penúltimos reyes Alfonso XII y Alfonso XIII.

La historia fue dejando por Madrid huellas de su paso y nos habla de los Austrias, la plaza Mayor, las Casas Consistoriales, el palacio de Santa Cruz –del siglo XVII–, la Torre de los Lujanes, así como el esplendor de la arquitectura religiosa, la catedral (hoy colegiata) de San Isidro –también del siglo XVII–, la iglesia de San Francisco y las Salesas Reales.

Pero Madrid no solo presume de eso, sino que su graciosa vanidad está precisamente en todo lo contrario, como esos hombres extraordinarios que, después

de asombrar con su talento, presumen de incultos. Madrid os dirá siempre que no es nada, nada más que eso: MADRID. Y por eso vamos a embelesarnos fugazmente por ese viejo Madrid, íntimo, confidencial, y un tanto provinciano, con nobles rincones que hablan de otras edades. Es difícil de seguir porque tiene algo de laberinto.

Avanzando por la calle Mayor se llega a la plaza de la Villa, donde es necesario, primero, ver el Ayuntamiento, de estampa típicamente madrileña, o sea el estilo llamado de los Austrias, del siglo xvii, proyecto según el conde de Polentinos –del arquitecto don Juan Gómez de Mora–, a quien sigue José de Villarreal y Teodoro de Ardemans, autor de las portadas barrocas. Segundo, visitar la Casa de Cisneros con su excelente fachada plateresca; tercero, visitar la Casa de los Lujanes, que fue de la noble familia Luján, y más tarde del conde de Castroponce, palacio torreado donde estuvo prisionero el rey Francisco I de Francia, vencido y apresado en la famosa batalla de Pavía. Y cuarto, visitar el edificio de la antigua Hemeroteca Municipal. En la plaza da mucho carácter la

estampa que el escultor Benlliure hizo a don Álvaro de Luna.

Es recomendable y lógico tomar la calle del Rollo por la que se llega a la de Sacramento, una de las más características del barrio. Véase la Casa de Cordón, la de Iván de Vargas (donde estuvo de criado el buen Isidro), la iglesia de San Miguel, la del Sacramento, la de San Justo y el palacio de los Consejos, edificios todos ellos muy evocadores y algunos de gran empaque y hermosura. Próximo al viaducto y por la calle de Bailén se llega a San Francisco el Grande, impresionante monumento del siglo xviii que dirigió Sabatini, y cuyo interior, enriquecido con mármoles y bronce, fue decorado durante el reinado de Alfonso XII; son notables las estatuas de los doce apóstoles, obras modernas de Luñol, Benlliure, etc. En sus inmediaciones se encuentra el museo Zuloaga, instalado en lo que fue estudio del gran pintor, en las típicas Vistillas. Siguiendo la carrera de San Francisco llegaremos a la antigua puerta de Moros, pareja con la actual plaza de los Carros (llamada de Julio Romero de Torres entre 1931 y 1965), donde se encuentra la

iglesia de San Andrés, y a su espalda, en la plazuela de la Paja, se encuentra la capilla del Obispo, quizás el más bello e íntimo recinto religioso de la capital, que fundaron en el año 1520 los Vargas y los Carvajales, con mezcla de gótico y renacimiento, y que contienen los sepulcros de sus fundadores.

Si vamos a la calle del Nuncio por la costanilla de San Andrés y la calle del Príncipe de Anglona, nos encontraremos con una importante torre mudéjar, que pertenece a la iglesia de San Pedro el Viejo, una de las más antiguas de Madrid, que se cree construida sobre el solar de una antigua mezquita y que atesora un soberbio retablo de José Churriguera, lindando con el palacio de la Nunciatura. Ya en Puerta Cerrada se entra en la calle de Toledo, donde se encuentra la antigua catedral madrileña (hoy colegiata de San Isidro), en la que reposan los restos del santo patrón, en cuerpo incorrupto. Beatificado por el papa Paulo V en el año 1619, y canonizado por Gregorio XV en el año 1622. Dicha colegiata fue anteriormente templo de los jesuitas, con las características propias de las construcciones de esta



Torre de San Pedro el Viejo. Fotografía de Álvaro Benítez Álvez

orden; fue empezada en el año 1622 bajo el reinado de Felipe IV, según los planos del arquitecto de la Compañía de Jesús, Pedro Sánchez, y terminada en el año 1664 bajo la dirección del hermano Bautista; el edificio es sólido y un tanto efectista, pero no exento de grandeza, si bien no muy acorde con su categoría de catedral, que tuvo desde 1885.

No se perderá nada entrando por la calle de San Bruno a las Cavas Alta y Baja, con sus típicos mesones y paradores, y con las clásicas posadas, hermanados todos ellos con el legendario Mesón del Segoviano, y la popular taberna de Félix, con sus ricos caldos de Valdepeñas y sus tradicionales campeonatos de mus.

Volvamos a la calle de Toledo; atravesando sus puestos de baratijas para entrar en los clásicos porches, donde se da vista a la plaza Mayor, de magnífica estampa, centro antiguo de la Villa, cargada de efemérides de la España suntuaria y de la España negra. Predominan en ella los capiteles llamados austriacos, siendo esta gran obra urbana de Madrid la primera que los lució. La actual plaza Mayor descansa

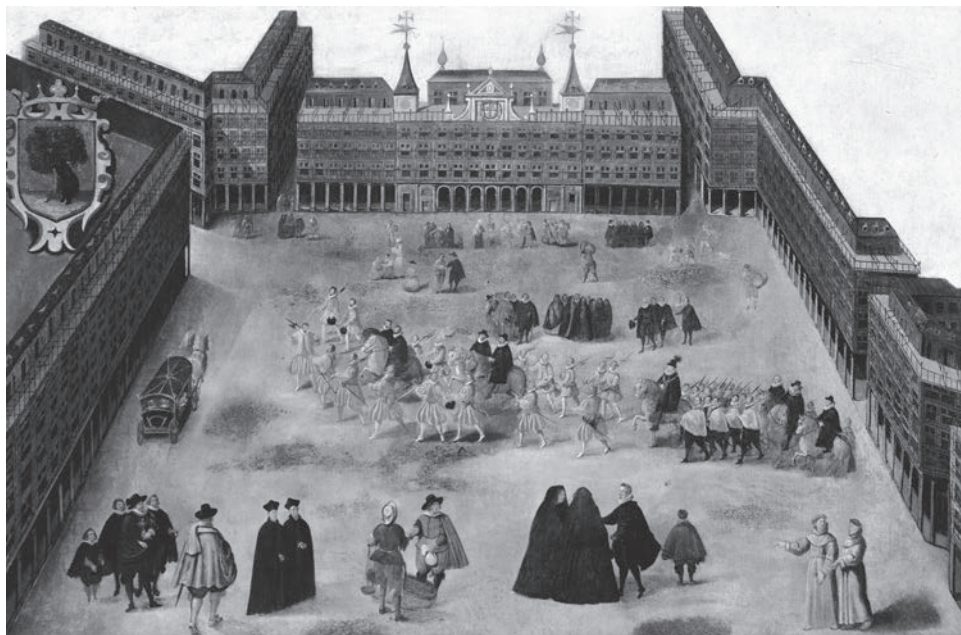
sobre un gran nudo de antiguas callejuelas que rodeaban el mercado, hasta que en 1617 fue derribado, realizando el arquitecto Juan Gómez de Mora la construcción del rectángulo actual, soberbiamente arquitectónico y de magnífica amplitud, lo que ha valido por su propio mérito, ser el corazón popular de la Villa. Es como un patio cerrado, de casa de tres pisos, descansando sobre amplios porches, teoría que queda rota en el centro de los lados mayores, por la fachada de la Casa de la Panadería y las dependencias de la Junta Municipal que queda enfrente. El soberbio conjunto nos obliga a considerarlo como el mejor de plaza castellana del siglo XVII. Sabemos que a su conclusión albergaba a más de tres mil personas y que en las grandes fiestas encontraban acomodo, entre graderíos y balcones, hasta cincuenta mil personas. El coste total de la obra ascendió a un millón de escudos, cantidad que fue sacada de fondos procedentes de la sisa del vino.

No es del mismo arquitecto la Casa de la Panadería, que se construyó con planos de Ximénez Donoso un año después de terminada la obra de Gómez de



Mora. Esta dependencia ardió varias veces, sabiéndose que en la segunda restauración pintó los techos Claudio Coello. En la plaza Mayor se han celebrado corridas de toros, incluso partidas, torneos, autos de fe, etc. Es típica,

desde 1860, por el mercado navideño de puestos de figuritas y adornos en los días clásicos de la Navidad. Desde esta, pasamos por un soportal a la plaza de Santa Cruz; en su inmediación se hallaba la Cárcel de Corte, armonioso pala-



La plaza Mayor en un cuadro del siglo xvii

cio de piedra y ladrillo –hoy Ministerio de Asuntos Exteriores–; olvidado de la corte de los Austrias, más tarde fue Audiencia, y cuando ya poco nos quedaba que perder en nuestras colonias de América, Ministerio de Ultramar.

Felipe IV fue quien mandó labrar este vetusto y bello edificio, según la traza dispuesta por el conde Crescenti en el año 1634, para que sirviera de prisión a la gente de calidad que se descarriaba por los tortuosos caminos del delito o en las revueltas aguas de la política.

Sin duda el galante monarca quiso hacer de ella una residencia confortable, haciendo grabar en una de sus puertas esta leyenda:

Reinando la Majestad de Felipe IV, año 1634, con acuerdo del Consejo, se fabricó esta Cárcel de Corte, para comodidad y seguridad de presos.

Los reos de calidad, cuando el omnímodo conde duque de Olivares condenaba a prisión a cuantos miraba como enemigos, ocupaban la parte alta, ocupando la baja los que estaban a tormento, con el fin de que los gritos de los que tenían el infortunio de entrar en «tratos» con el verdugo no llegaran al exterior.



El rey Felipe IV

Los soportales de la plaza de Santa Cruz, que casi la circundan, se prestan a las clásicas líneas del viejo palacio, que tuvo por vecinos inmediatos, hasta mediados del siglo XIX, el convento de Santo Tomás y la iglesia de Santa Cruz, por cuyo reloj se regían los leguleyos de las escribanías. La torre de esta iglesia, por su elevada altura, era llamada la atalaya de la corte. Aún queda el recuerdo del lúgubre privilegio que dicho templo te-

nía de albergar en sus dependencias a la Congregación de la Paz y de la Caridad, que acompañaban en sus últimas horas a los reos de muerte sentenciados en la Cárcel de Corte, hasta dejarlos en la paz de la tierra; si habían sido degollados enterrábanles en la bóveda de la referida iglesia; los condenados a garrote vil recibían sepultura en San Miguel y los ahorcados en San Ginés.

Al ser ajusticiados, sus cadáveres eran expuestos al pie de la torre de Santa Cruz, siendo para aquellos antepasados nuestros un espectáculo, asistiendo a ellos como a una gran corrida de toros o juego de cañas.

Las macabras exposiciones han subsistido hasta el tiempo de Fernando VII, y con la disposición del monarca se acabó la «placentera» costumbre.

La Cárcel de Corte, hoy Ministerio de Asuntos Exteriores, apenas posee motivos ornamentales en el exterior, pero es todavía más simple su concepción interna, a base de situar la gran escalera entre los dos patios. Cada uno de estos consta de dos pisos sobre arcos toscanos, aunque sobre la galería superior los entrepaños entre las ven-

tanás presentan adornos de tendencia barroca. Edificio parecido, del mismo estilo y levantado en la misma época, es la Casa Consistorial, comenzada a edificar en 1629 por el mismo arquitecto que levantara la plaza Mayor, obra que fue continuada por José Villarreal y muy posteriormente por Villanueva.

Por todo lo expuesto, en esta narración rindo un tributo al gran cronista Diego San José, que en su libro *Estampas nuevas del Madrid viejo*, dice:

Si eres madrileñista de corazón, de todo tendrás noticias por los maestros de la crónica matritense, y si no lo eres y por primera vez das en huronear por estos evocadores rincones, aprenderás por lo menos, a sentir cariño por este Madrid, tan hidalgo, tan acogedor, tan abierto a cuantos vienen a él y tan calumniado por los que no le conocen, pero cuando tratan de cerca a los que en su suelo nacieron, y se hacen a sus usos y costumbres que, ¡jay!, ya no son las mismas que diéronle fama y alcurnia en los pasados tiempos, acaban por comprender que es muy verdadero el conocido adagio que dice: de Madrid al cielo y un agujerito para verlo.